

“Que cuando quieras decir mi amor, digas pescado frito”. Las emociones y el cuerpo en La princesa del Palacio de Hierro.

Enrique Aguilar Resillas.

Cita:

Enrique Aguilar Resillas (2007). *“Que cuando quieras decir mi amor, digas pescado frito”*. *Las emociones y el cuerpo en La princesa del Palacio de Hierro*. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1834>

“Que cuando quieras decir mi amor, digas pescado frito”. Las emociones y el cuerpo en *La Princesa del Palacio de Hierro*

Por Enrique Aguilar R.

En el ensayo de Antonio Cándido “Dialéctica del malandrínaje”¹ se afirma que “lo que interesa al análisis literario es saber [...] cuál es la función ejercida por la realidad social, históricamente localizada y que sirvió de base a la estructura de la obra; esto es, un fenómeno que se podría llamar de formalización o reducción estructural de los datos externos”. Esta propuesta se puede utilizar para ubicar a la novela de Gustavo Sainz² en su contexto social.

A partir de lo anterior puede decirse que esta narración es una especie de fábula moderna, armada de manera muy astuta a partir del monólogo del personaje principal, combinado con poemas de Oliverio Gironde que se incluyen al final de cada fragmento narrativo de los 21 que componen esta novela, citas de las que el crítico Raymond L. Williams dice que:

Sirven para distanciar al lector y hacer que las anécdotas frívolas se conviertan en el foco de atención y análisis.³

Sin ir más lejos se puede afirmar que este monólogo es el discurso coloquial de una mujer angustiada, que se confronta con los poemas, enfrentamiento en el cual el ánimo paródico está presente desde el propio título, ya que *La princesa del Palacio de Hierro*⁴ encierra la sátira hacia una joven burguesa que sólo le da rienda suelta a su verborrea, hasta terminar casi en la incoherencia. Por lo tanto, también se puede afirmar que es la historia de una joven mujer que está al borde de la locura, rodeada de personajes que asimismo están como para el sanatorio. Aunque, ya en tal caso, aprovechando la figura misma de la fábula, esta mujer y su entorno existencial también representan una alegoría de la sociedad en que vivimos, una representación simbólica de

¹ Este texto es el prólogo a *Memorias de un sargento de milicias* de Manuel Antonio de Almeida, Caracas, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, s/f.

² Gustavo Sainz (México, D.F., 1940) Integrado a la llamada “literatura de la Onda”, fue profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y director de Literatura del INBA. Tiene publicadas más de 15 novelas y actualmente es profesor en la universidad de Indiana en Bloomington. Varias de sus novelas están traducidas a distintos idiomas.

³ Williams, L. Raymond. “El lector y dos novelas de Gustavo Sainz”, en www.gustavosainz.blogspot.com (20/V/07)

⁴ La primera edición de esta novela se publicó en octubre de 1974, año en que le fue conferido el premio Xavier Villaurrutia “premio de escritores para escritores” porque el jurado lo integran narradores, ensayistas y poetas.

la irracionalidad propia del sistema capitalista y la sociedad del espectáculo en la ciudad de México.

Esta chica vive en una gran casona del barrio residencial del Pedregal, en la ciudad de México de principios de los 70, que no estudia, y que a pesar de proceder de una familia pequeño burguesa, trabaja a cambio de un sueldo miserable en el almacén del mismo nombre que el título de la novela, y cuyas “hadas madrinas” son unas vecinas de su barrio a las que sólo se les conoce como “La Tapatía Grande” y “La Tapatía Chica” y cuya mejor amiga es otra joven a la que sólo denomina como “La Vestida de Hombre”.

Los “príncipes” en la historia de esta chica, otro dato paródico más, al contrario de los cuentos de hadas, son tipos de muy dudosa procedencia: traficantes, dueños de cabaret, borrachos y violentos, como Alexis Stamatis o El Loco Valdiosera, también conocido como El guapo guapo, o muy pusilánimes como El Monje.

Lo primero es no callar

El capítulo seis de *La princesa del Palacio de Hierro*, titulado “Confluencia de cúmulos recuerdos y luzlatido cotidiano”, es un fragmento clave para comprender la historia de la narradora y protagonista de este largo monólogo, de este discurso que es esta novela, y que en principio no se sabe a quién está dirigido.

Y lo es porque en ese fragmento la narradora habla de que muchas veces comía en la casa de sus amigas “Las Tapatías”, jóvenes como la protagonista, y dice que a esas comidas llegaba “La Vestida de Hombre”.

Luego de referirse al carácter de sus amigas, y a algunos rasgos de su conducta que le parecen contradictorios, la narradora dice

Las Tapatías y yo estábamos hablando de dulces, de pasteles, de refrescos, del daño que te hacen esas cosas, de recetas de cocina, de chocolates, de restaurantes, bueno, de lo que nos gustaba ¿no? Y estábamos muertas de risa, tratando de que La Vestida de Hombre no hablara, porque siempre saca su problema y ya nos tiene hasta el gorro la pobre. Entonces nos ponemos a hablar de nuestras familias, de cosas que nos han pasado ¿no? *Como tú y yo.*⁵ (el subrayado es mío: E.A.)

En ese fragmento de la novela la protagonista también se refiere también a sus novios, y al hacerlo dice

Tuve novios que hasta ahora y hasta la fecha son los más destrampados del mundo ¿no? Y hubo alguno que ni siquiera me dio un beso. Claro que se explica. Tenían mujeres y juegos y cosas hasta decir basta... Incluso

⁵ Sainz, Gustavo. *La princesa del Palacio de Hierro*, México, Joaquín Mortiz 1978, pp. 86-87

cositas bastante misteriosas... Eran ¿cómo te diré? *Demasiado como nosotros mismos...*⁶ (el subrayado es mío: E.A.)

Con los subrayados de estos fragmentos lo que se puede deducir es que a quien “le habla” la protagonista de esta novela -porque hay que recordar que *La princesa del Palacio de Hierro* está narrada en primera persona y que toda la historia parece que la protagonista se la “dice” -o que se la “cuenta”- a alguien, que parece ser un sujeto, masculino, con el que se la pasa “platicando”, aunque él nunca habla, sino que sólo la escucha, en una relación semejante a la que ella tendrá con su siquiatra. Aunque, entonces, el receptor del relato de ella es fiel al silencio absoluto que debe guardar un psicoanalista ideal en tanto consigue que su analizante exprese por sí misma el discurso de la cura, el relato que resuelve el conflicto de la demanda que le ha llevado al diván del psicoanálisis.

El siquiatra en sí también aparece en ese mismo capítulo, porque en él la narradora habla de otra comida con sus tres amigas, y de paso se refiere a sus relaciones familiares, a algunas peripecias vividas por ella y sus amigas, a los conflictos con su madre, y en particular habla de un pleito con su progenitora en el que la señora primero le da una golpiza y luego ella le habla a Las Tapatías

Entonces el par de brutas se vinieron corriendo a mi casa y entonces mi mi mamá les dijo yo qué hago, mi hijita me odia ¿qué voy a hacer? Y las flaquitas ahí como pajaritos. Yo quiero decirle a ella delante de ustedes y delante de su padre, que necesita atención médica, que esto no es normal ¿dónde se ha visto que una hija no quiera a la madre que la parió? Y nosotros tenemos un siquiatra que no sé qué. Entonces mi mamá que diga ahorita si va a querer ir con un siquiatra, ahoritita, pero que lo diga delante de ustedes. Entonces ya dije que sí ¿no?⁷

En este fragmento que, según yo, es el capítulo clave, la protagonista también indica:

Entonces eso fue a principios de semana y ya el jueves tenía cita con el siquiatra. Me llevaron Las Tapatías y mi mamá, entre las tres. Entonces llegué, tú, y fue bien padre. Para mí fue el amigo más caro que tuve en la vida, porque me costaba un ojo de la cara y la yema del otro, pero fue lo mejor que me pudo haber pasado.⁸

⁶ Ibid p. 97

⁷ Ibid p. 94

⁸ Ibid. P. 95

En el siguiente enunciado se encuentra una proposición que permite analizar en términos freudianos el monólogo de este personaje, pues luego de referirse en ese mismo capítulo a su relación con su padre o con sus amigos o alguno de sus novios, ella dice

De todo esto hablaba con mis amigas y con el doctor. Primero con el doctor y luego con mis amigas, durante esas comidas deliciosas.⁹

Y esto es así porque lo que la protagonista afirma que le “decía” al siquiatra, primero, y a sus amigas, después, es lo mismo que le dice a este “amante-analista”, porque en este capítulo ella habla de que cuando se casó con uno de sus novios se llevó a vivir con ella a su madre, y eso lo hace en pasado. En resumen: ella está casada, y hablan en pasado de sus amigas, de sus novios y amantes, de sus amigas, de su familia, pero cuando se dirige a su “amante-escucha”, lo hace en presente.

De esta novela se ha llegado a decir que es “una llamada telefónica de 300 páginas”, pero si se toma mi propuesta de análisis, y al capítulo seis como “fragmento clave”, como lo proponen tanto Mauricio Schwars y Antonio Cándido, entonces se comprende mejor que todo el discurso de la protagonista es un psicoanálisis, porque en el penúltimo párrafo de este capítulo la protagonista dice

Al siquiatra fui un año porque era carísimo. Bueno, no importaba tanto lo caro porque lo pagaba mi papá, digo, y no le daba yo tanta importancia ¿no? Iba yo dos veces por semana y pasaron un montón de chistosadas ¿verdad? Con Las Tapatías, en cambio, comía todos los sábados. *Y sabes qué... Ellas eran mis verdaderas psicoanalistas. Digo, no se daban cuenta, pero me servían de verdadera terapia.*¹⁰ (el subrayado es mío: E.A.)

A partir de esta última cita ya se puede afirmar que la narradora de esta historia es alguien que sabe que necesita terapia, y de manera explícita afirma que un año la recibió con una siquiatra, de manera formal, y de modo informal por mucho más tiempo en las comidas con Las Tapatías. Lo que no dice, sino que el lector lo puede deducir, porque está implícito, es que su narración ante su amante atento y silencioso es otra terapia más.

Para caer de nuevo en el título de este texto, cabe recordar que como lo afirma Efraín Bartolomé

⁹ Ibid. P. 100

¹⁰ Ibid. P. 104

la psicoterapia es la aplicación de métodos y técnicas de la psicología para ayudar a las personas a manejar mejor sus dificultades de tipo emocional.¹¹

Y si de hablar de “las emociones y el cuerpo” se trata, un excelente ejemplo que se puede poner al respecto es la descripción que la protagonista hace de su amiga La Vestida de Hombre, y de lo clínicamente se puede definir como su neurodermatitis:

Oye, pero la tipa estaba de sanatorio. Se vestía de hombre, con sombrero, corbata y todo, tú [...] Y en la bolsa, tú, donde los hombres traen sus credenciales y sus tarjetas de crédito y el pañuelo para limpiarse sus venidas, ella traía pomaditas. No me lo vas a creer, pero la detenía un agente de tránsito y ella se metía la mano al sobaco, como para sacar su credencial de influyente y no, ay no, señor, estoy muy fea, y chíngale, un tubito como de pasta de dientes, tú, lleno de pomada que se tiene que aplicar en la pierna, pues cada vez que se asusta, o se sobresalta, o se altera o se pone nerviosa ¿no?, le sale una ronchita roja en salva sea la parte, y ella tiene que sacar un tubito y levantarse la tela del pantalón y exprimir sobre la machita el gusanito blanco y masajear, sobar, acariciar, mientras el agente repite su licencia. Vestida de hombre ¿no?¹²

En cuanto a la relación de La princesa con los personajes de Las Tapatías, se puede aquí aplicar el dicho aquél de “Dios las hace y ellas se juntan”, considerando la descripción que la protagonista hace de sus amigas cuando dice:

Las de Guadalajara eran flacas flacas pero tenían muy bonita cara. Y eran de un nervioso, tú, como una pareja de pájaros, la mayor con cierto aire resuelto, manoteando siempre como si nadara entre nosotras o marchara golpeando una gran tambora ¿no?; la otra riendo, abriendo desmesuradamente los ojos, chisporroteando como un cerillo para después deprimirse como un gorrioncito achicopalado, o resfriado, o agónico, para al rato volver a palmotear con las manitas huesudas, toda feliz, exhalando suspiritos cortos y fulgurantes ¿no?, como una luz de bengala. Junto a ellas, La Vestida de Hombre y yo parecíamos de cartón ¿cómo se dice?, de papel maché.¹³

Haciendo una reconsideración de los datos aportados por el texto, cabe reconocer lo evidente: desde el título se señala que la novela se va a tratar de la historia de un personaje con la conciencia alterada, que se cree “princesa”, cuando que en la realidad republicana de la sociedad de que procede y en la que se mueve, los títulos nobiliarios no existen.

En relación con esto, existe un segundo nivel significativo: esta “princesa” lo es de un “Palacio de Hierro”, es decir, no de un sitio inventado, de fábula o de cuento de hadas, sino de un sitio real, que en los hechos es un gran almacén, y no un castillo de

¹¹ Bartolomé, Efraín. *Educación emocional en veinte lecciones*. Paidós, México 2006, p. 19

¹² Sainz, Gustavo. *La princesa del Palacio de Hierro*, México, Joaquín Mortiz 1978, p. 9

¹³ Ibid. pp. 9-10

narración fabulosa, sitio en el que esta chica trabaja como vendedora. Aunque el nombre de este sitio hace pensar en el encierro de la hija dentro del complejo de Edipo y sus neurosis. Con estos elementos el autor establece desde el propio título que su historia va a ser una parodia de una historia fabulosa, de una joven que tiene la conciencia alterada: se cree “princesa” de un “palacio” que no es tal. Es alguien que está fuera de la realidad concreta. Alguien que ha perdido el principio de la realidad al quedar encerrada en “el castillo de la pureza” que impone la represión paterna.

Por lo que hace a que este monólogo es posible definirlo como un psicoanálisis salvaje o heterodoxo, un tratamiento para que la protagonista recupere el principio de la realidad. Otro dato que apuntala esta hipótesis es el título del capítulo inicial, “Sé poco de enfermos”, que parece la respuesta a unas preguntas implícitas que podrían ser:

-¿Usted ha tenido trato con gente enferma? ¿Se siente enferma? ¿Es o se siente parte de una comunidad de enfermos? También parece ser una aseveración de que ella no sabe de dónde se le pudo contagiar esta enfermedad mental que intenta curar con su discurso.

Y esto es así, porque el título está escrito en primera persona, y es una afirmación que no puede ser espontánea, y que además de inmediato se contradice, a modo de sátira, con la primera línea del texto que dice: “Oye, pero la tipa estaba de sanatorio”.

En conjunto el texto implícito del arranque de esta novela, tomando en cuenta que el personaje principal se dirige a quien la escucha con el pronombre en segunda persona podría ser el de:

-¿Tú conoces o conociste a algún enfermo mental, a alguien que esté mal de la cabeza?

-Pues no, en realidad yo sé poco de enfermos. O bueno, no, en realidad sí conozco o conocí a alguien que está mal, A mi amiga, La Vestida de hombre. Oye, pero la tipa estaba de sanatorio...

Un dato más que apunta en dirección a que esta novela es la transcripción de una o varias sesiones de psicoterapia es que parece que al final de cada capítulo el “narrador-analista” da su diagnóstico sobre el estado mental de “la princesa”, a partir de lo que ella ha dicho en cada fragmento de la historia, y su veredicto lo da por medio de poemas de Oliverio Girondo. Quien controla la narración que leemos, el autor de la novela, plantea con estos fragmentos de poema lo que bien puede considerarse como su

diagnóstico, la caracterización de los elementos que constituyen la enfermedad mental de quien habla.

Por ejemplo, al final del primer capítulo el texto poético que ahí aparece dice: “Aunque parezca mentira –estas humillaciones- este continuo estruendo resulta mil veces preferible a los momentos de calma y de silencio”.

En este fragmento de la novela, además de hacer la presentación de Las Tapatías, de La Vestida de hombre, de El Monje y de El loco Valdiosera (ojo psicológico con el apodo), que será conocido también como El guapo guapo, la protagonista habla de una ocasión en la que ella y sus amigas salieron a cenar invitadas por El Monje, quien las llevó a un restaurante en el que el capitán de meseros las atendió de manera abusiva y prepotente, lo cual se conecta con las “humillaciones” a que se refiere el poema. Y sin embargo, el poema dice que eso, el maltrato y su recuento “estruendoso”, era mejor que no hacer nada y estar callada.

La razón de que el “poema-diagnóstico” parezca una reflexión en primera persona puede ser la de que así como en el psicoanálisis de lo que se trata es de que el paciente llegue a conclusiones por medio del análisis de sus sueños y recuerdos, en este “psicoanálisis novelesco” el “narrador-analista” incluye las conclusiones de la “protagonista-analizada” mediante la “voz” de su subconsciente convertido en consciente a través de las palabras del poeta.

De todo esto la primera conclusión posible es la de que “la princesa” padece de verborrea porque neuróticamente no soporta la calma y el silencio. Es decir, la soledad. Es una sujeto neurótica narcisista, sólo habla sobre ella misma y de los demás nada más le interesa expresar lo que piensan o sienten respecto de ella.